

Bibliotecas escolares: en busca del tiempo perdido

“La buena educación es cara y exige inversión pública. Y debe instalarse como una demanda social”

Fernando Savater

Llevamos inmersos en dos años muy literarios, repletos de efemérides. Al ya pasado año de El Quijote, declarado Año de la Lectura, se han añadido este año otros eventos, como el año de Colón, de Freud, de Mozart o de Juan Ramón Jiménez. Además todo esto coincide con la primera edición de la Feria del Libro Infantil y Juvenil “Leer León”, por lo que es oportuno repasar el estado de la lectura y de las Bibliotecas en nuestro país: cerca del 80 por ciento de españoles declaran no utilizar nunca los servicios de las Bibliotecas Públicas, el número de títulos por habitante es la mitad de la media europea, mas del 40 por ciento de los libros tiene mas de 25 años, lo que demuestra una pobre inversión y además, mas de la mitad de los ciudadanos declaran no leer nunca un libro.

Si las cosas están así en el ámbito de las Bibliotecas Públicas, sin duda es porque, entre otras cosas, las Bibliotecas Escolares no han cumplido una de sus funciones prioritarias, como es la de formar lectores, servir de puente, de enlace con la red pública de Bibliotecas.

Urge por ello una buena política preventiva en torno a las Bibliotecas Escolares, para que en el futuro las estadísticas vayan mejorando y las nuevas generaciones dispongan de más oportunidades.

Por qué ha de saberse que una buena B.E. cumple tantas funciones, tiene tantos objetivos asignados que, prescindir de ella o no atenderla adecuadamente, repercute negativamente en la formación de los educandos, que se ven cercenados de una fuente imprescindible de conocimiento y de ocio.

Si la escuela igualitaria y gratuita es la esencia misma de la democracia, la B.E. lo es también por su importante función social, que permite que todos tengan libre acceso al libro y a la cultura, sin distinguir por la condición o situación económica.

Además, las funciones pedagógicas que cumple esta institución saltan a la vista: desarrollan el sentido crítico, educan literariamente, inician en la búsqueda y manejo de información, despiertan la imaginación.

Y por supuesto, no olvidarse de las funciones personales, que van desde desarrollar la autoestima, el sentido de la responsabilidad, la independencia y la libertad, hasta consolidar mecanismos tan importantes en el educando como el sentido del orden y la autodisciplina.

Podemos afirmar, sin exageraciones, que una buena B.E. no es solo la antesala de la gran cultura, sino el principio de una educación lectora, imprescindible en una sociedad donde el libro sigue aún siendo la materia

Juan José Lage

Director de la revista *Platero*
y encargado de la biblioteca
del C. P. La Eria de Oviedo

prima de donde extraen los saberes los futuros ciudadanos educados.

Y aquí utilizamos el término de Biblioteca en su sentido estricto y etimológico, porque no debe olvidarse que todavía en el siglo XXI el libro sigue siendo fuente esencial de conocimiento, el pilar sobre el que se sostiene la escuela, sin que aún haya perdido vigencia, su combate ante las nuevas tecnologías digitales. Digamos que es una vieja tecnología que todavía resiste, la tecnología digital por excelencia, el artilugio técnicamente perfecto del que hablaba J. L. Borges.

Visto todo esto, demostrado el significativo rol que juega una B. E. y consagrado como hecho evidente por todos los expertos y por todas las estadísticas y estudios que su existencia es precaria: ¿a quien pedir responsabilidades de tanta desidia?

Es evidente que una buena parte de la responsabilidad recae sobre los propios profesionales de la educación, incapaces de movilizarse a favor de bibliotecas dignas, de hacer de la lectura una cuestión pública, si bien en su descarga no solo pesa la nula formación literaria y bibliotecaria recibida, sino también el conservadurismo defensivo del propio sistema educativo o los diferentes intereses profesionales encontrados.

Por lo tanto, la máxima responsabilidad debe recaer sobre la administración educativa, que peca de omisión y pereza, desinteresándose de dotarlas suficientemente, dejándolas en manos de la improvisación y la voluntariedad, que es lo más cómodo y lo menos comprometido y olvidándose que la función esencial de las autoridades es procurar los mecanismos para que las cosas funcionen. Históricamente, en nuestra patria, el desinterés del Estado por la cultura y por las Bibliotecas en particular ha sido, al menos, sorprendente, como muy bien confirma Pedro Salinas, que ya curiosamente a principios del siglo XX definía las bibliotecas hispanas como “las inhóspitas cámaras bibliotecarias de las que emanaba una omnipresente frialdad”.

Y lo más triste de todo, es que está también demostrado que la implantación de buenas Bibliotecas Escolares no supondría grandes despliegues económicos – aunque pienso con Lorenzo Silva que se “derrocha en muchas fantasmadas” – sino más bien un poco de sentido común y una pizca de imaginación. Y por supuesto, las inversiones

realizadas serían rentables a corto o medio plazo.

¿No sería mas útil y barato, entre tantas reformas en ciernes, transformar y mejorar la actual red de Bibliotecas Escolares?. Si es evidente el fracaso de los alumnos españoles en el dominio de la Lengua y se considera conveniente por ello implantar más horas lectivas de esta decisiva área ¿no resultaría mas eficaz y práctico potenciar las Bibliotecas Escolares y poner al frente personal capacitado?.

Porque resulta que también está demostrado que aquellos alumnos que tienen a su disposición una buena B.E. –gestionada siempre, eso sí, por personal benemérito y altruista– tienen mejores rendimientos académicos y evitan mas el fracaso escolar.

Creo pues –y hablo desde la etapa educativa de Primaria– que tras las revoluciones pedagógicas que supusieron, primero, las concentraciones escolares y después la implantación de los especialistas en diferentes materias, la última gran reforma pendiente es la de las Bibliotecas Escolares, que supondría un hito fundamental en la consolidación de los hábitos de lectura, una revolución en el campo de las sensibilidades, porque cabe recordar, con Emili Teixidor, que todas las materias escolares se dirigen a la razón, siendo la lectura la única que se ocupa de las emociones.

Por un lado estamos en un buen momento, tenemos que aprovechar la coyuntura, pues asistimos a una etapa cumbre de los libros para niños y jóvenes, cuando además las investigaciones, iniciativas o simposios de especialistas se prodigan por doquier.

Pero por otro lado, nos cunde el pesimismo, pues la moda imperante, lo que se lleva, lo políticamente correcto es vender las nuevas tecnologías, tal vez olvidando que no se puede pasar de la prehistoria a la modernidad sin los pasos intermedios.

Por que hay dos cuestiones evidentes: si las B.E. no sirven para cumplir su cometido, si son anacrónicas, o deben clausurarse, prescindiendo de ellas o deben reestructurarse y revitalizarse. Lo que no se debe permitir es mantenerlas en estado latente, guardando las apariencias, sin decidirse a intervenir en uno u otro sentido.

No podemos dejar pasar mas los años impunemente, tenemos la obligación moral de recuperar el tiempo perdido. ❌